

## LA “PEGA” Y LOS “FORCADOS”, ICONOS DE LA TAUROMAQUIA PORTUGUESA

Alberto Franco\*



En cuanto a la tauromaquia, Portugal y España siguen un trayecto muy similar hasta el siglo XVIII. En ambos países, un toreo ecuestre de origen aristocrático, que en sus tiempos áureos alcanzó elevados niveles de esplendor, coexiste con un toreo a pie aún incipiente, practicado por el pueblo en sus fiestas y diversiones.

Luego las aguas se separan. En España, el toreo a pie se desarrolla y se convierte en la modalidad preponderante, beneficiándose de la decadencia del rejoneo caballeresco. En Portugal, por el contrario, el toreo a caballo conserva su vitalidad y se perfecciona hasta convertirse en una disciplina con reglas bien definidas, a la que tradicionalmente se llama “Arte de Marialva”<sup>1</sup>.

En la “corrida à portuguesa” la lidia a caballo es complementada por la “pega”, realizada por un grupo de “forcados” o “pegadores”. Como el “cavaleiro” no mata al toro se introdujo un epílogo que consagra el dominio del hombre sobre el animal, mediante la sujeción de éste.

---

\* Investigador de temas tauromáquicos.

<sup>1</sup> El 4º marqués de Marialva, D. Pedro de Alcântara e Meneses (1713-1799) fue el mejor jinete de su tiempo. Algunas de sus enseñanzas se encuentran en el tratado *Luz da Liberal e Nobre Arte da Cavalaria* (1790), de Manuel Carlos de Andrade.

En trazos generales, la pega consiste en la inmovilización del toro por una formación de ocho hombres, vestidos de chaqueta con patrón de ramas, calzón color del trigo maduro, ancha faja roja a la cintura y en la cabeza el verde “barrete”.

La pega debe hacerse siempre “de caras”. El primer hombre, el “*forcado da cara*”, cita el animal, lo coge por los cuernos (“*à córnea*”) o por el cuello (“*à barbela*”) y aguanta los derrotes. Con la ayuda de los demás compañeros, el oponente es dominado y la pega consumada.



Fig. n.º 6.- Dibujo que representa a los antiguos forcados preparados para iniciar una corrida portuguesa. Todas las imágenes de este artículo han sido facilitadas por el autor del mismo.

A veces no es posible pegar “de caras”, por ejemplo cuando el animal tiene las astas muy apretadas. Se recurre entonces a la pega “de cernelha”. Los cabrestos salen a la arena y con el toro en medio de éstos, dos forcados procuran detenerlo, uno agarrándose al dorso de la res, otro al rabo. La pega “de caras” o de “cernelha” debe realizarse en un máximo de diez minutos. Cuando no es así, el toro se lleva a los corrales, lo que significa un fracaso para los forcados.

Como es obligatorio en Portugal, las astas del toro están totalmente emboladas con fundas de cuero. Pero es de resaltar que el animal conserva buena parte de su pujanza, pues los “ferros” clavados por los caballeros portugueses no hieren con la intensidad de los rejones de castigo españoles.

La pega derivó de los juegos taurinos populares. Mientras la nobleza enfrentaba a los toros a caballo, el pueblo, que no poseía “montadas” (caballos), hacía frente a los astados de pie en



Fig. n.º 7.- A lo largo de la historia, siempre han existido diferentes tipos de juegos entre hombres y toros. Los hombres siempre han tenido la tentación de enfrentarse a las reses bravas como se observa en este cuadro que representa “*un brinco de touros*”. Autor Roque Gameiro.

tierra en sus fiestas tradicionales. En los encierros, suelta de toros y otros regocijos del pueblo se practicaba una gran variedad de suertes. Había quien burlaba a cuerpo limpio las embestidas del toro, con destreza y agilidad. Otros lo enfrentaban con un engaño —una capa de vestir, una manta, una chaqueta— engañando al animal al hacerlo acometer, una y otra vez, contra una presa que sistemáticamente se le escapaba. Otros aún agarraban toros, vacas o novillos, reduciéndolos a la

inmovilidad en base a la audacia y a la fuerza de los brazos. Un acto antiquísimo, que no tiene un autor, no es “hijo” de nadie en particular, sino una creación colectiva, fruto de la eterna necesidad de la especie humana de buscar desafíos.

Imagínese que hace mucho tiempo, en el contexto de una fiesta popular, en la plaza pública de una villa o ciudad, un valiente decide medir fuerzas con el toro bravo que está siendo corrido. Pero en lugar de otros que utilizan capas, él quiere sujetarlo con sus armas naturales – los brazos. Audaz, provoca al toro con gestos y gritos. Un macho desafía al otro con ansias de superación. Cuando la embestida ocurre, se sostiene como puede en la cabeza del adversario, mientras que los compañeros lo ayudan a detener al animal.

Esta suerte con una paternidad desconocida será valorada por los portugueses hasta el punto de incorporarla a su tauromaquia. Lo que en los juegos populares no era más que una manifestación espontánea de valentía, se transformará en un elemento central de la “corrida à portuguesa”, en cuya estructura se implantará definitivamente a principios del siglo XIX. Pero antes de convertirse en especialistas de la pega, los forcados han tenido a lo largo de la historia otras funciones en el espectáculo, en particular de apoyo a los lidiadores más importantes. Antes de la corrida moderna un mismo sujeto podía desempeñar múltiples tareas en la arena, ya que los papeles no estaban individualizados.

En los siglos XVII y XVIII, la pega como hoy la conocemos debería ser algo excepcional, solo practicada con algunas reses, como las que se soltaban para los aficionados. Hay que recordar que en esos siglos la suerte de matar se ejercía en Portugal<sup>2</sup>. Los caballeros y toreros de a pie lidiaban y

---

<sup>2</sup> La ley portuguesa solo prohibió expresamente los toros de muerte en 1928. Sin embargo, la suerte suprema había caído en desuso debido a cambios en el gusto de los aficionados y a la pasividad de los defensores de aquella.

mataban a sus toros, no permitiendo intromisiones de nadie, mucho menos de alguien que tenía simples funciones de ayuda en el espectáculo.

“LLEGARON SARRACENOS” QUE

“PEGARAM DOS TOROS VIVOS”

Los festejos taurinos populares, a diferencia de las celebraciones de la nobleza, no tenían cronistas que los reportaran. Por eso no hay registros escritos precisos de las suertes que en Portugal se practicaban en tales diversiones. Fue necesario esperar a la descripción de las fiestas que tuvieron lugar para celebrar la boda entre la Infanta portuguesa D. Leonor y el emperador Federico III de Alemania, en 1451, para tener una de las primeras alusiones a la pega.

Como era costumbre en las bodas reales, se corrieron toros en Lisboa. El 15 de octubre de 1451, según el relato del embajador alemán Nicolau Lanckman de Valckenstein, «el señor rey de Portugal determinó varias danzas en la plaza fronteriza con el palacio de la señora desposada. A la hora del mediodía, el señor rey envió seis toros valientes a la plaza, delante de todo el pueblo. Llegaron sarracenos de ambos sexos, con sus danzas y holgazanes, y ‘pegaram’ dos toros vivos, que mataron y distribuyeron según su costumbre»<sup>3</sup>.

En el texto original, en latín, el embajador utiliza el término *ceperunt*, que se puede traducir por “coger”, pero también por “capturar” o “atrapar”. Tal vez influenciado por la designación que es hoy común, el traductor optó por decir que los toros fueron “pegados”. ¿Cómo habrían sido esas pegas, a las que se atrevieron tanto hombres como mujeres? No lo sabemos,

---

<sup>3</sup> “Leonor de Portugal Imperatriz da Alemanha - Diário de Viagem do Embaixador Nicolau Lanckman de Valckenstein”, edición del texto latino y traducción de Aires A. Nacimiento, con la colaboración de Maria João Branco y Maria de Lurdes Rosa, Edições Cosmos, Lisboa, 1992.

pués el embajador no entra en detalles. Tal vez han sido agarrados de una forma similar al mancorneo, al que nos referiremos a continuación.

Según la historiadora Ana Maria Rodrigues, la presencia de moros en festejos reales no debe sorprendernos. «Las comunidades islámicas portuguesas, tales como las judías, estaban en dependencia directa del rey, que las protegía y les permitía mantener su identidad cultural y religiosa a cambio del pago de pesados tributos. En las celebraciones que marcaban las



Fig. n.º 8.- Moros y toros vistos por Goya. “Los moros hacen otro capeo en plaza con su albornoz”1814-1816.

diversas etapas de la vida biológica de los monarcas –nacimientos, matrimonios, óbitos– así como en las ceremonias que pautaban su existencia política –aclamaciones, entradas–, de la misma forma que se exigía la presencia de los representantes de las diversas órdenes que componían la sociedad cristiana (el clero, la nobleza y el pueblo), era imperioso que participasen los de las minorías étnicas»<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Rodrigues, Ana Maria S.A. (2006): “Da caça no monte às corridas em campo fechado: como se lidavam toiros na Idade Média”, comunicación presentada en el seminario “O Touro. Mitos, Rituais, Celebração”, promovido por la Câmara Municipal de Alcochete.

¿Pero por qué fue la “pega” hecha por moros? ¿Tendrían alguna especialización en ese tipo de suerte? La relación entre los árabes y la tauromaquia es una cuestión controvertida. Las pruebas de un genuino interés de los islámicos por la fiesta de toros parecen fantasiosas<sup>5</sup>, aunque el episodio de la captura de los toros en las bodas reales, seguida de la muerte y distribución de los mismos, traduce una práctica con la que los moros de Lisboa estaban familiarizados: “cogieron dos toros vivos, que mataron y distribuyeron según su costumbre”. Sin embargo, es de suponer que si hubiera existido un vínculo relevante y duradero entre los moros de Portugal y la tauromaquia, otros informes serían conocidos.

#### PEGAR Y MANCORNAR

La pega debería ser un acto habitual en el campo, en las explotaciones en las que se criaban bovinos. Por eso, además de tener su origen en la tauromaquia popular, también sufrió influencias de la labor ganadera. En los quehaceres del ganado había a veces necesidad de agarrar uno u otro animal, y si éste tenía una gota de sangre brava daba lucha a quien se le acercaba. Pero si había fortaleza de brazos y los cuernos no asustaban, se hacía una pega, o una maniobra con ella emparentada, y el bovino acababa dominado.

En España existía la costumbre de mancornar, que era practicado esencialmente por los vaqueros de la zona de Salamanca<sup>6</sup>. Según Leopoldo Vázquez, en su clásica obra *La Tauromaquia*<sup>7</sup>, se trata de una forma de derribar a las reses para herrarlas. «Se mete el becerro que se pretende marcar en un

---

<sup>5</sup> Nicolás Fernández de Moratín, en su opúsculo *Carta histórica sobre el Origen y Progresos de la fiesta de torear en España*. (1777), defiende la influencia árabe en el toreo. También Goya, en las escenas tauromaquicas que pintó, retrata moros a torear. (Fig. n.º 8).

<sup>6</sup> Leopoldo Vázquez y otros (1895): *La Tauromaquia*, tomo I, Madrid.

corral y allí se torea con recortes, para que el esfuerzo le retire facultades. Cuando se aploma, un vaquero que usa un ancho cinturón de piel que lo cubre desde el vientre a la mitad de los pechos, a que los salmantinos llaman media vaca, avanza hasta el animal, seguido de otros tres o cuatro hombres». Cita al animal y, con un hábil cuarteo, se le pega al costado y lo sujeta por uno de los cuernos. Pasa el brazo por el dorso, agarra el otro cuerno y con la ayuda de los compañeros la acuesta por tierra.

Los que mancornaban un astado en una finca también podían hacerlo en los festejos taurinos de su región, como alarde de coraje. A pesar de estar estrechamente ligado a las faenas camperas, el mancorneo también habrá integrado el vasto repertorio de clases que componían el primitivo toreo.

En su *Tauromaquia* (1796), *Pepe Illo* describe la “suerte de coger las reses a pie” como algo practicado en las arenas («para coger las reses á pie, se acosan primero, y cansan à suerte, ó recortes, y á uno de estos se le hecha mano à la cola, y de un estrechonazo se derriba; ò se llama à media vuelta y coje por los cuernos uñas arriba, quadrandose de pechos con ella».)

Ya Francisco Montes *Paquiro*, en la *Tauromaquia Completa* (1836), no considera el mancorneo una suerte “de plaza”. Lo ve como un recurso en situaciones de emergencia, «cuando el toro haya enganchado a alguno, o cuando por fuego ó caída de un andamio ú otro accidente se echa gente a la plaza, y es menester sujetar al toro para evitar desgracias». Un grabado de la revista *La Lidia*, de 1888, en lo que parece ser un momento de diversión, nos muestra un grupo de vaqueros “pegando” un cornúpeto de caras, como los portugueses. Pero el primer de los vaqueros se agarra a las puntas de los cuernos, no dando muestras de querer cerrarse a la córnea o a la “barbela”, como los “forcados”. En este gesto reside la diferencia entre mancornar y “pegar”, pues los forcados no pretenden derribar al toro, sino inmovilizarlo de pie.



## FORCADOS PARA “ENTRETENER AL BUEY”

En su sentido original, la palabra “forcado” designa un instrumento de labranza «que representa la forma más simple» de la horquilla y «consiste en una varilla de madera terminada en 2, 3 ó 4 puntas afiladas, que sirven de dientes». Estos utensilios se relacionaban fundamentalmente «con los trabajos de las eras, de la paja y del heno»<sup>7</sup>.

¿Qué vueltas dio un apero agrícola para ser íntimamente asociado al hombre que pega toros? ¿Cómo viajó del tranquilo



Fig. n.º 9.- Lámina de *La Lidia* “La suerte de mancornear”, 1888. Hombres del campo agarrando los toros para inmovilizarlos, como los forcados.

ambiente rural en que nació al bullicio de las plazas? A falta de elementos probatorios claros, la respuesta es todo menos fácil. Sin embargo, la utilización en una arena de un instrumento como la horquilla sería, desde luego, señal de trabajo con las reses. A diferencia del rejón y de la capa, que eran instrumentos de lidia, la horquilla tenía una finalidad práctica en el trato con los astados. Porque los forcados, antes de especializarse en la pega, ejercían fundamentalmente labores de ayuda a los lidiadores.

---

<sup>7</sup> Ernesto Veiga Oliveira y otros (1995): “A Alfaia Agrícola Portuguesa”, *Dom Quixote*, Lisboa.

En 1619, Felipe III de España visitó Portugal, entonces unido a la corona española. Después de entrar por Elvas y pasar por varias localidades, llegó a Lisboa el 29 de junio, donde tuvo una lujosa recepción. Permaneció tres meses en la ciudad y entre las actividades lúdicas que le fueron proporcionadas se contaron tres días de toros.

El Terreiro do Paço fue el escenario de los espectáculos, que se iniciaron

«un lunes, día 2 de septiembre y duraron tres días, no seguidos pero alternados. Hubo toreo a caballo y a pie. El primer día salieron a los toros los hidalgos Estêvão de Brito y D. Francisco Coutinho, que vistieron capas y gorras (...). Los animales eran lo suficientemente valientes como para matar a un caballo y herir a tres. La fiesta fue animada con la colaboración de cuatro hombres de forcado»<sup>8</sup>.

Hace 400 años, nada más, nada menos, ya se hablaba de forcados en el sentido tauromáquico del término. Restaurada la independencia nacional, la princesa Catalina de Braganza se casó en 1661 con el rey Carlos II de Inglaterra, acontecimiento señalado con gran pompa. Los festejos incluyeron tres espectáculos de toros, realizados en octubre de ese año, una vez más en el Terreiro do Paço.

Un folleto en verso, “Festas reais na corte de Lisboa – Ao feliz matrimonio dos Reis de Gran Bretanha Carlos, e Catarina”, nos resume lo sucedido en esos tres días de toros, entre alabanzas a los novios y críticas sociales mordaces. Firman la obra los “toureiros de forcado” Izandro, Aonio y Luzindo. Los tres son seudónimos, pues los especialistas atribuyen la autoría al poeta barroco Fray António Lopes

---

<sup>8</sup> Ribeiro da Silva, Francisco (1987): “A viagem de Felipe III a Portugal: itinerários e problemática”, texto publicado en la *Revista de Ciências Históricas*, vol. II, Universidade Portucalense, Oporto,

Cabral. Pero lo importante es la identificación con que se presentan: “toureiros de forcado”.

En los versos que componen el folleto solo se hace referencia directa a los forcados en las “cortesias”<sup>9</sup>, aprovechando el poeta para satirizarlos:

«También salen de verde mis forcados,/ Libré menos que todos,  
pero brillante/ Mal empleada en gente similar,/ Si bien uno de  
ellos, se temió arriesgado/ A ser forcado no, pero ahorcado. / Y  
si fuera yo quien esto gobernara/ Sin escrúpulo a todos  
ahorcara/ Por gente débil, y tonta. /Después de que Dios tomó  
su Carola/ No hubo más forcados de provecho»<sup>10</sup>.

Desaparecido, pues, el Carola, quedaban sólo forcados de poco provecho. Sin embargo, el autor nos relata algunas pegas, aunque no se sabe si fueron los forcados a hacerlas. Al narrar la corrida del primer día, Izandro nos dice:

«Dio, señal, vino el toro, y hubo fiesta/ La cuadrilla se apresta/  
Y comienza a hacer cualquier toreo/ Suertes, no sé si al toro, si  
al dinero;/ Si bien lo merecían/ Porque así valerosos, se  
atrevían/ A coger los becerros/ Como si todos ellos fueran  
hierros/ Pero no me admiro, que esta nuestra edad/ Como es de  
hierro, agarra la calidad/ A los que en ella viven de manera/Que  
todo es hierro, y todo es cansancio».

La alusión al “hierro” está relacionada con un forcado de apellido Ferro (hierro en portugués). En el festejo del tercer día, Luzindo describe algunas pegas, una de las cuales intentó, sin gran éxito, el dicho Ferro.

«Aburrimiento tuvo el Ferro/ Queriendo allí coger un becerro/  
Pero fue sin fortuna, y sin consejo/ Me va ya pareciendo

---

<sup>9</sup> En las plazas portuguesas, las “cortesias” equivalen al paseillo.

<sup>10</sup> Pinto de Carvalho (Tinop)(1991): *Lisboa d'Outros Tempos* (I vol. Fenda, Lisboa.), nos habla de un forcado llamado Carola, que murió en 1755 en una corrida de toros en Rossio. ¿Descendiente del Carola del que nos habla Lopes Cabral?

viejo/Tomaron los demás con brío, y paso/ Animosos, valientes; pero no lo hago/ Distinción de cuales eran, porque todos/ En los bueyes cogieron por diversos modos/ Un día, y otro día/ Dieron envidia a la misma valentía».

Se hicieron, pues, pegas “por diversos modos”, que fueron muy aplaudidas.

Otro testimonio sobre una de las corridas de 1661 es el del almirante inglés Edward Montagu, conde de Sandwich, que pasó con su escuadra por Lisboa en la fecha de la boda real.



Fig. n.º 10.- Un mozo forcado. Autor Roque Gameiro.

Sandwich anotó en su diario algunas impresiones sobre aquello a lo que llama “Huego de Toro” (juego de toros) y hace algunas referencias a los forcados. «Estos eran seis, vestidos con chaquetas verdes y provistos de agudas horquillas» (*Sharp Forks*), lo que muestra que los instrumentos usados en esa época eran mucho más ofensivos que los actuales forcados.

Al ver que un astado ponía a los toreros en dificultades, habiéndoles arrebatado las capas, Sandwich nos dice: «los hombres con horquillas también lo provocaron y cuando él

corrió hacia ellos, les apuntaron las horquillas y lo hicieron parar. Con sus horquillas, los forcados amenazan al toro y lo hacen parar».

Avancemos hasta 1741, para una corrida realizada “en la plaza del sitio del Campo Pequeno”, en honor de la “milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios”. No nos ha llegado la crónica del espectáculo, sino un folleto que establece detalladamente las reglas a que los espectadores, toreros y demás participantes debían obedecer.

Después de la entrada del “neto” (el alguacil), venía una mula «con dos ataúdes de rejones, yendo cubierto con su tapiz, y luego entrarán cuatro forcados con sus insignias en las manos, y se pondrán listos a las órdenes del gobierno de la plaza». Se supone que los forcados eran responsables de la mula o “azémola”, costumbre que fue transpuesto para las corridas a la antigua usanza, que en ocasiones especiales todavía se realizan en Portugal. En cuanto a las “insignias” que llevaban en las manos, quizás eran las horquillas de las que su nombre provenía y que serían su emblema distintivo.

Se ordena igualmente que el caballero, al entrar en la arena, «en su retaguardia llevará los cuatro forcados para divertir al buey mientras hace las cortesías». De ello se deduce que éstas transcurrían con el toro ya en la arena. ¿De qué modo cumplían los forcados este raro encargo? Como el objetivo era evitar que el animal embistiera contra el caballero, mientras éste saludaba la asistencia, tal vez el grupo rodeara el cornúpeto con las horquillas, intimidándolo. Cuando el animal no se aquietaba, el grupo sufría las consecuentes “marradas” o “boléus”<sup>11</sup>. Un autor del siglo XVIII, Fray Lucas de Santa Catalina, en su libro “*natómico Jocosó (1752)*”, nos dice con ironía: «Comparaba un sabio los desastres en el mundo, con los forcados y el toro; en uno llevando boléu, todos caen en el terrero».

<sup>11</sup> Mazazos.

### LA “CASA DA GUARDA”

Las corridas de mayor magnificencia contaban con la presencia de la familia real, de elementos de la nobleza y autoridades administrativas, que se acomodaban en tribunas. Porque se trataba de personajes de gran relieve social, los accesos a las tribunas eran protegidos por la Guarda Real dos Archeiros, con sus alabardas. Al lugar donde los archeiros se ponían se le daba el nombre de “casa da guarda”.

En los espectáculos taurinos menos importantes, realizados en plazas provisorias, era función de los forcados proteger la asistencia. Vistiendo una coraza de cuero, la “coura”, se colocaban junto a la barrera, de horquilla en riste, evitando que los toros irrumpieran por los tabladros de las frágiles plazas y causaran desastres.

La “casa da guarda” acabaría por convertirse en una suerte del repertorio de los forcados. Descripciones detalladas de esta suerte, de la pega y del acto de derribar el toro con la horca (de claras reminiscencias rurales), constan de la ya citada obra *La Tauromaquia*, de Leopoldo Vázquez, en el capítulo dedicado al toreo portugués. Acerca de la “casa da guarda”, que fue practicada con cierta regularidad por los forcados hasta la última década de Ochocientos, Leopoldo Vázquez escribe:

«Para ejecutar esta suerte, los forcados se sitúan junto a la barrera colocados en una o dos filas, apoyando a los que están detrás las espaldas sobre las tablas y los primeros con la rodilla en tierra, o al menos con la inclinación conveniente para resistir mejor a la acometida del toro».

Los hombres de una y otra fila tienen la punta de la horca apoyada en las tablas de la barrera. «Un peón llamará la atención del toro para llevarlo al lugar que ocupan las horcas». Cuando el astado se aproxima, los forcados lo citan y, «en el instante de la embestida del animal, todas las horquillas se erizan contra él para impedir que llegue al grupo».

Pero el autor enuncia otras suertes de los forcados del siglo XIX. Si el objetivo es derribar al toro, dos o tres forcados «los que tienen más práctica dirigirán las horquillas a las patas del bicho, y es cierto que habiendo tino para engañarlo por debajo de las rodillas, le harán perder el equilibrio y caer delante del grupo». En ese momento, los forcados se retiran para que el toro se levante.

Por fin, la pega. Cuando la finalidad es sujetar al toro, los forcados sueltan las horquillas y se abalanzan sobre él rápidamente, agarrándose «unos a la cabeza, otros a las orejas,

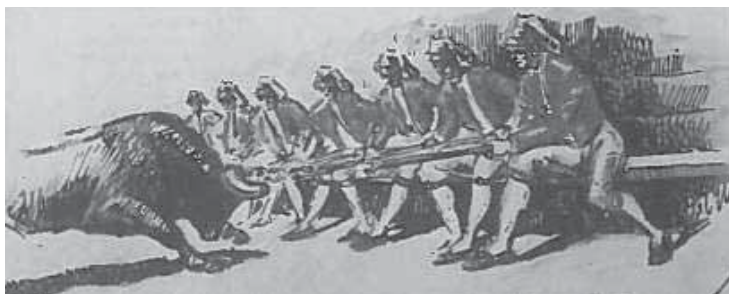


Fig. n.º 11.- Un apunte sobre la “Casa de Guarda”. Autor Antonio Martín Maqueda.

alguno al rabo y el resto donde les sea posible». Hasta que se oye la orden de soltar el animal – y todos se alejan.

#### LOS “MONTEIROS DE CHOCA”

Los forcados son también identificados en algunos documentos del siglo XVIII como “monteiros de choca”<sup>12</sup>. Es el caso de una relación consagrada a los festejos taurinos en honor

---

<sup>12</sup> En Portugal se da el nombre de “chocas” a las vacas mansas que ayudan a conducir a los toros.

del cumpleaños de la princesa de Brasil, D. Mariana Vitória, realizados en una plaza edificada en la Junqueira (1738).<sup>13</sup> Al describir el orden de entrada en la arena, nos dice el autor que a los “capinhas”<sup>14</sup> o “toreros volantes” les seguirían «seis hombres de forcado, o monteiros de choca, vestidos de paño verde, con fuertes corazas de cuero, zapatos y sombreros blancos».

Creemos que esta denominación se refiere a otra función de los forcados en el espectáculo taurino. El término “montero” se asocia con la caza mayor. En los tiempos de la monarquía, los monteros eran los responsables de la vigilancia de los cotos de los reyes y de los nobles, cabiéndole aún un importante papel en las cacerías<sup>15</sup>. Mascarenhas Barreto, en su libro *Corrida-Breve Historia da Tauromaquia em Portugal* (1970), argumenta que los monteiros de choca eran así designados porque capturaban toros en el campo, con la ayuda de vacas.

El autor sostiene que «los monteros conducían manadas de vacas en celo, las fértiles, hasta las zonas que sabían dónde encontrar los toros bravos en libertad y dejaban a las hembras avanzar en su dirección. Cuidadosamente, para no despertar la furia de los machos, conseguían que éstos quedaran entre aquellas e impulsaban la manada así aumentada, hacia una manga que daba acceso a corrales donde, por medio de un sistema de puertas separaban los toros de las vacas “chocas”».

El mismo modo de capturar los toros surge en un libro de 1679, “Relation du Voyage d’Espagne”, de la escritora francesa

---

<sup>13</sup> Rosa, Fernando Antonio da (1738): *Relação das insignes festas que aos felizes e reais anos da Princesa de Brasil, nossa senhora, se fizeram no sitio da Junqueira*, Lisboa.

<sup>14</sup> “Capinhas”era el nombre que en Portugal se daba a los toreros de capa, peones o banderilleros.

<sup>15</sup> El blanco de tales cacerías serían ciervos, jabalíes y otras especies. La captura de bovinos en estado salvaje, en una vertiente de caza, era propia de los tiempos.



Maria Catherine d’Aulnoy, citado por Ayres de Sá en su obra “Toiradas en Portugal”.

Al describir una corrida a la que asistió en Madrid, Maria Catherine d’Aulnoy, afirma:

«Para informaros bien, de todo lo que pasa en este tipo de fiestas, debo deciros que, habiendo ordenado el rey que se haga una corrida, llevan a las montañas y bosques de Andalucía, vacas, llamadas mandarinas. Se sabe que los toros más furiosos están en esos lugares, y como las vacas son juguetonas (si se permite hablar así) se internan en la montaña; los toros las ven y se apresuran a hacerles la corte, ellas huyen, ellos las persiguen hasta que ellas los llaman unas empalizadas que que, para ello, se ponen a lo largo de los caminos, los cuales tienen, algunas veces, 30 y 40 leguas. Muchos hombres armados y bien armados, persiguen a estos toros y les impiden dar la vuelta; pero a veces se ven obligados a combatir con ellos dentro de estas barreras, y a menudo quedan muertos o heridos»<sup>16</sup>.

Questionado sobre la verosimilitud de esta forma de dominar las reses, Antonio Luis López Martínez, profesor del departamento de Economía e Historia Económica de la Universidad de Sevilla, autor de numerosos estudios sobre los orígenes de la ganadería brava en España, afirma que «desde la Baja Edad Media, los toros, dada su peligrosidad, se guardaban en zonas marginales y distantes llamadas toriles. Estos toriles se situaban en las sierras, por ejemplo, en Sierra Morena, en Andalucía, y en zonas de marismas como las existentes próximas a Sevilla. En ambos casos, los toros vivían en semilibertad y solo salían para ser conducidos a los mataderos o para ser corridos en las ciudades». Por ello, López Martínez da como posible la narración de la autora francesa.

---

<sup>16</sup> Sá, Ayres de (1903): *Toiradas en Portugal*, Tipografía de Ricardo de Souza e Salles, Lisboa.

Una situación similar podría ocurrir en Portugal. Los criadores de bovinos alejarían a los machos más agresivos de los demás y los llevarían a zonas salvajes donde vivirían en régimen de semilibertad. Cuando había búsqueda de toros para una corrida, entraban en acción los hombres de la horca, que, sirviéndose de las vacas como cebo y de la horca como arma, atraían y hacían preso al ganado bravo. Estas acciones de “caza” habrían valido a los forcados el nombre de “monteiros de choca”. ¿Pero se quedaría aquí el trabajo de estos monteros? Además de la captura de los toros, ¿no cabría también su conducción hacia la plaza, con el apoyo de las útiles “chocas”?

Jayme Duarte de Almeida, en la *Historia da Tauromaquia - Técnica e Evolução Artística do Toureio* (1951), considera los monteros “guardadores de ganado bravo, correspondientes a los actuales campinos”, los hombres que en la región del Ribatejo son responsables de la guardia y conducción de los toros.

#### DOS “TOROS RASGADOS”

El poeta Luís Lázaro Leitão reportó en versos satíricos los seis días de toros que tuvieron lugar en Lisboa, en 1752, para celebrar la aclamación del rey D. José. En la descripción del segundo día, Leitão nos dice textualmente: «los forcados “tuvieron dos toros rasgados/ y los enamorados, como digo/ quisieron acudir a su amigo,/ pero de aquí para allá/se llevaron su caída y su ‘boléu’». El discurso es ambiguo, pero arriesgamos una interpretación. ¿Los toros “rasgados” que los forcados “tenían” serían animales que intentaron subir a los palcos y fueron heridos por las horquillas? Creemos que es una explicación posible.

¿Y los “enamorados”? La palabra aparece en varios escritos de tema Taurino entre los siglos XVII y XIX. En los *Preceitos para tourear e ser toureado: ou lições para sair un cavaleiro perfeito, e um touro instruído* (1822), obra burlesca de

José Daniel Rodrigues da Costa, se lee que cuando «el Neto ricamente vestido forme el galope, para ir a decir que salga el Caballero», éste debe hacerlo. «Acompañado de la magna comitante caterva de Capinhas, y Súcía de enamorados venga muy afoito».

En otro punto de la obra, se evocan las normas de la caballería que obligaban al jinete “deshonrado” por un toro a enfrentarse a él a pie, con espada en mano. Cuando el astado cogía un caballo o un lacayo, hacía caer el rejón o el sombrero del “cavaleiro”, la “deshonra” tenía que ser limpiada con sangre. El bien humorado José Daniel Rodrigues da Costa aconseja a los jinetes no hacerlo, para evitar males mayores: «antes oír chufas, que ir en brazos para dentro». Sin embargo, si las protestas del público fueran muchos, «entonces no hay más remedio: fíquese el Caballero en los Capinhas, y enamorados, y póngase a pie».

Es en la crónica satírica de una corrida en Madrid, en el año 1745, de la autoría de Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor, donde encontramos un indicio que nos permite descubrir quiénes eran los misteriosos “enamorados” taurinos. “Enamorados” era, tan simplemente, el término que en la época se utilizaba, tanto en Portugal como en España, para designar a los aficionados.

Relatando la corrida a la que asistió, Cristóbal del Hoyo se queja de los “apasionados” madrileños, que mareaban a los toros con sus lances mientras que la autoridad no los sacaba de la arena. En los momentos de pausa se veían toreando a pie a muchísimos apasionados que confundían al toro y era menester que los responsables del orden público los echaran de la plaza a gaznatadas<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> Martínez Shaw, Carlos (1997): “Crónica burlesca de una corrida de toros en tiempos de Felipe V”, en *Revista de Estudios Taurinos*, nº 6, Sevilla.

## FORCADOS PARA VARIOS SERVICIOS

En la relación de la última corrida de 1752, Luís Lázaro Leitão vuelve a hablar de los forcados: «también le fueron dados/ tres toros a los hombres de los forcados,/porque ligeramente/a los toros avanzaban de repente».

La palabra “dados” aparecerá aquí en sentido literal. De hecho, como más adelante volveremos a ver, cuando la labor de los forcados agradaba al público se les ofrecían toros como recompensa. Los forcados avanzaron “ligeramente” hacia los astados para inmovilizarlos, fueron premiados con tres animales, cuya carne seguramente venderían, recaudando las ganancias.

En otro folleto dedicado a las corridas en honor de D. José, la “Jocoséria e nova relação dos éxitos, e movimentos acontecidos a 11 de setembro de 1752”, de autor ignorado, se descubre una referencia de cierta importancia a los forcados. La narrativa describe la actuación del caballero José Roquete. En cierta altura, un toro persigue a unos peones. Estos le dan “algunas cutiladas” que surtieron poco efecto, hasta que los «forcados lo agarraron y los capinhos lo mataron».

Sale luego otro toro, que tira a Roquete al suelo. Fiel a los mandamientos de la honra caballeresca, Roquete se golpea con el adversario a pie, asediándole “golpes de buen corte” que casi lo liquidaron. Acuden entonces los forcados, que «sin mucha demora/ Lo llevaron afuera» de la arena, ya sin vida.

Esto demuestra el papel utilitario de los forcados en las corridas del siglo XVIII, lo que no es de extrañar, porque, como ya hemos señalado, estas son un gran escaparate donde los actores pueden acumular varios papeles.

Carl Israel Ruders fue un pastor protestante sueco que vivió en Portugal entre 1798 y 1802. Asistió a corridas en la plaza lisboeta del Salitre y no dejó de registrar sus huellas. Al narrar una de ellas, después de exaltar el valor del “cavaleiro”

Domingos da Cunha («Recorría la arena (...) con el aire tan descuidado como si caminara simplemente paseando el caballo, y se dirigía siempre hacia el punto donde el toro se conservaba»), nos relata una pega realizada por “sirvientes”.

«Otro toro fue atacado por los sirvientes, todos desarmados. Uno de ellos se lanzó contra el animal enfurecido, lanzándose entre los anchos cuernos, y en esa posición se conservó algunos segundos, agarrado fuertemente al cuello de la bestia, y tan sacudido que, muchas veces, quedaba con los pies volcados hacia arriba. Los otros se agarraban al toro por los cuernos, por las orejas, por el cuello, por la cola, etc., etc. Por último entró el llamado “matador” clavándole el estoque entre los cuernos. Las reses traían “las puntas de los cuernos revestidas con bolas de madera”»<sup>18</sup>.

También de 1798 es el libro *A General View of the State of Portugal*, del irlandés James Murphy, que vivió varios años en tierras lusitanas. La obra es ilustrada con escenas de la vida portuguesa, entre las cuales una pega, el acto “más magistral y peligroso” realizado en la arena. El “forcado da cara” es llevado entre los cuernos del toro, lo que requiere “no menos coraje que fuerza muscular de los brazos”, “de modo que el animal no pueda perforarlo ni lanzarlo”. En esa postura, “es llevado por la arena” hasta que “los restantes combatientes lo ayudan, derribando al toro”, que, “de acuerdo con las reglas del espectáculo, pasa a ser su propiedad”. Lo que confirma la versión antes mencionada, según la cual los forcados podían ser premiados con toros lidiados.

A pesar de las lagunas, se extrae de los documentos que hemos venido enunciando que las funciones de los forcados en

---

<sup>18</sup> Ruders, Carl Israel (2002): *Viagem em Portugal - 1798-1802*, vol. I p. 74 - Biblioteca Nacional Portugal, Lisboa.

la corrida entre el siglo XVII y el comienzo del XIX, eran sobre todo auxiliares. Ayudaban en la lid de los toros, reduciéndoles la aspereza con el castigo de las horcas, y en su manejo, echándolos para fuera de la arena. Protegían a los espectadores, montando guardia junto a la barrera. Apoyaban a otros participantes en la corrida, en particular a los jinetes y los “capinhas”, librándolos de problemas. Pero podían también ejecutar suertes propias, como la pega (en moldes ciertamente diferentes de los actuales), el derribo del toro y la “casa da guarda” como alarde de valor, sin el estricto objetivo de defender al público.

Antes del siglo XIX tales exhibiciones serían ocasionales, dependiendo sobre todo de la oportunidad. La pega, por ejemplo, tendría que ser una suerte eventual, pues hasta mediados de dicho siglo la suerte de matar estaba permitida en arenas portuguesas. Como los “cavaleiros” o los “capinhas” daban muerte a las reses, poco sobraba para la intervención de los forcados. Tal vez en las corridas en que al final se soltaba un toro “con las armas cortadas, para que los muchachos toreen”<sup>19</sup>, los forcados consiguieran lucirse. Cuando su trabajo gustaba, podían recibir como premio reses que habían sido pegadas.

#### LA PEGA SE IMPLANTA

En los comienzos del siglo XIX la corrida cortesana entra en declive en Portugal, pues el ambiente político y social es turbulento (invasiones francesas, revolución liberal, guerra civil entre liberales y absolutistas). El toreo ecuestre se mantiene como modalidad dominante, pero los caballeros ya no ostentan la primacía absoluta en la corrida. Con la modernización de esta, elementos que tenían anteriormente un papel secundario ganan un lugar propio en la estructura del espectáculo.

---

<sup>19</sup> Sá, Ayres, *Ibidem*.

Es lo que pasó con los forcados. Cuando las plazas pasan a ser fijas y con mejores condiciones de seguridad, la tarea protectora de la “casa da guarda” deja de tener sentido, convirtiéndose en una curiosidad practicada por ciertos grupos. El manejo de las reses pasa a competir a los “campinos”. Las diferentes tareas que a lo largo de los siglos los forcados habrán cumplido en las corridas, son atribuidas a otros personajes, en una lógica de especialización.

Los forcados adoptan la pega como suya, desarrollándola técnicamente y adaptándola a las diferentes características de los astados a los que en cada época tienen que enfrentarse. Su labor gana respetabilidad y la pega se implanta gradualmente en el espectáculo taurino portugués con el beneplácito de los empresarios. Los toros dejan de matarse en la arena y es necesario completar la faena de los “cavaleiros” con un atractivo que lleve emoción a las tribunas. ¿Quién mejor para eso que un puñado de hombres que dan el cuerpo a las embestidas y doman con los brazos el ímpetu de la res?

En esta consolidación de la pega como parte del espectáculo, precedente obligatorio de la lid ecuestre, encuentran algunos investigadores una dimensión simbólica<sup>20</sup>. Ella intentará, a su manera, restablecer los lazos con el modelo de corrida que hasta las primeras décadas de los Ochocientos fue dominante en Portugal, y que culminaba con la muerte del toro en la arena. Cuando el caballero dejó de matar al astado, se impuso llenar el vacío que la recogida inmediata de éste a los corrales representaba. Para ello, se introdujo un último acto, que marca el pleno dominio sobre el adversario. La sumisión a los forcados será la “muerte” simbólica del toro, tras la cual la lid está verdaderamente concluida. Cuando la pega no es

---

<sup>20</sup> Capucha, Luis (2013): “Fiestas de toros”, en la revista *Anthropológicas*, año 17, volumen 24(1).

consumada se dice que el animal se recoge “vivo” al corral, lo que significa, en cambio, que la captura exitosa equivale a la muerte.

En 1833 se inaugura la plaza del Campo de Sant’Ana, que inicia una nueva fase de la historia del toreo en Portugal. La plaza creó un grupo de forcados propio (indicio de que la pega ya había entrado en los gustos del público), a los cuales ofrecía una remuneración, parca, por señal, y trajes. Los carteles pasan a anunciar que en una corrida a tantos del tal participará «un grupo de valientes hombres de forcado, un escogido y arrogante grupo...» o «un numeroso grupo...»

Para un espectáculo el 22 de junio de 1845, en el Campo de Sant’Ana, el cartel nos informa de la presencia de “animosos hombres de forcado, los cuales en las pegas que le sean determinadas, mostrarán su valentía”. Como se destaca en el anuncio, la intervención de los forcados dependía del director del espectáculo. Según el estado del toro, aquél autorizaba o no la pega y determinaba su forma, “de caras” o de “cernelha”, variantes que ya entonces estaban perfectamente definidas.

De vez en cuando era necesario renovar el elenco de la plaza lisboeta, tanto de forcados como de “capinhas”, pudiendo el reclutamiento ser hecho por los periódicos. Un anuncio publicado en el *Diário do Governo*, el 7 de mayo de 1838, rezaba así: «Se necesitan algunos hombres de forcado, y capinhas para las corridas de toros en la plaza del Campo de Santa Ana. Quien se encuentre hábil para dicho fin, que se diriga a la Nacional y Real Casa-Pia, para allí tratar de sus ajustes hasta el día 25 del corriente mes de Mayo».

En los años posteriores, la pega llega a los ruedos españoles. Después de que un grupo de forcados se presentara en Sevilla en 1830 o 1832, otro grupo participó en algunas corridas en Madrid en 1851. Lo acompañaron el caballero portugués António dos Santos y una “cuadrilla de indios y



negros”, vestidos con chaquetas a la Luis XIV de colores llamativos, que, entre otras extravagancias, esperaban las reses la puerta-gayola y las bandarillaban sentados o de rodillas. La crítica española se mostró sorprendida por la ruda labor de aquellos primitivos forcados y por los malos tratos que los toros de Gaviria les infligieron, a pesar de estar embolados.

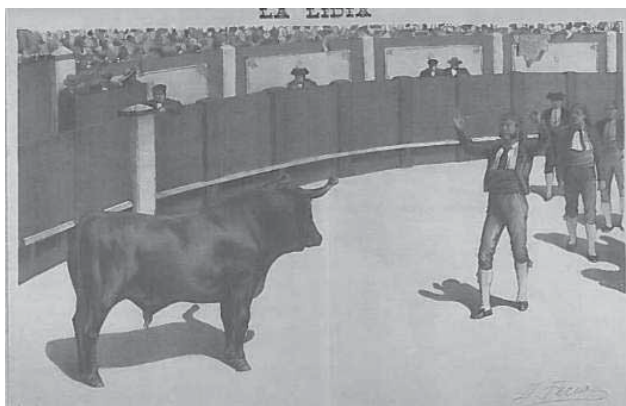


Fig. n.º 12.- Lamina de *La Lidia* “Un grupo de forcados portugueses en Sevilla”, 1887.

#### EL AMATEURISMO COMO PRINCIPIO ÉTICO

¿Quiénes eran esos hombres que por una cantidad irrisoria se ponían delante de toros poderosos, sujetos a tragar acometidas demoledoras?

La condición social de los forcados era ciertamente humilde. De confirmarse la posibilidad de ser los “campinos” de su época, serían originarios de regiones rurales como el Ribatejo o Extremadura, en cuyos campos trabajaban.

Desafiaban al toro atraídos por el imán de los aplausos y en muchos casos por la necesidad de ganar algunas monedas.

Muchos de ellos provenían de tierras de Ribatejo, como Alcochete, Vila Franca de Xira, Salvaterra, Montijo, Alhandra, acostumbrados al arduo trabajo en el campo y al trato de cerca con el ganado bravo.

En 1846, en el libro *Viagens na Minha Terra*, el escritor romántico Almeida Garret nos describe su encuentro con un grupo de forcados de Alhandra, a bordo de un vapor de la carrera del Tajo. Eran

«cinco de esos famosos atletas de Alhandra que van todos los domingos a recoger el *pulver olympicum* de la plaza de Sant’Ana, y que, a la voz soberana e irresistible de: ‘à unha’<sup>21</sup>, à ‘cernelha’!... corren a cargar con más generosos, no más poderosos, animales que ellos, al sonido de las inmensas palmas, y a cambio de los raros pintos<sup>22</sup> por que se manifiesta el siempre clamoroso y siempre vacío entusiasmo de las multitudes. Vestían aún el traje que habían usado en la plaza, “pantalón amarillo” y “chaqueta de ramaje”, “golpeados”, pero “llenos de gloria de la contienda de la víspera”».

Confirmando la observación del escritor sobre los “raros pintos” que recibían los forcados, alguna prensa se sublevaba contra la explotación de que los forcados eran víctimas. La revista “A Trincheira” subraya que “para que haya buen servicio, es necesario pagar bien” a los forcados. “Aún hoy esta clase es explotada por los empresarios de las corridas de toros, no existiendo persona alguna que no admire que haya hombres que por tan poca retribución, acepten tal cargo.”

Otras publicaciones lamentan los daños físicos causados en muchos “pegadores” por tan duro oficio, a que se sumaba la degradación humana de algunos de ellos. En la revista

---

<sup>21</sup> Pega “de caras”.

<sup>22</sup> El “pinto” era una moneda de bajo valor.

*Ilustração Portuguesa*, en 1907, se lee: «Hoy hay quien va coger embriagado, a ciegas, quedando en un pastel, recogiendo a la enfermería hartos de sopa de cuerno, a recibir fricciones de alcohol»<sup>23</sup>. Y la revista *Tourei Nacional*, en 1918, preguntaba: «¿Conocéis algún forcado rico por la profesión? Evidentemente que no: conocéis solamente, en su mayoría, hombres inutilizados, muriendo lentamente debido a los estragos internos, y siempre en la mayor miseria».

La *Historia do Tourei em Portugal*, de António Rodovalho Duro, y la *História das Toiradas*, de Eduardo de Noronha, evocan algunos forcados que se distinguieron en los tiempos en que el profesionalismo era regla: António Delgado (“que murió de un ‘boléu’”), António Sustaça (“gran pegador de cernelha”), Augusto Enjeitado, Gargalhadas, Manuel do Botequim, Vendaval, António Mau-Ladrão (“de los primeros pegadores de cernelha”), Joaquim Escuna, Rafael Torto, José Chicha, los Constantinos da Golegã, José da Anica, Ezequiel de Valada, Valentim de Alcochete y otros.

Pero la pega no era sólo ejecutada por estos modestos gladiadores. La alta sociedad también se dedicaba a la pega en corridas de beneficencia, también llamadas “de aficionados”, “de curiosos” o “de hidalgos”. Entre los forcados aristócratas que actuaban gratuitamente se distinguían los Rebello de Andrade - Fernando, Eduardo y Ruy-, Frederico Arouca, José de Barros Lima, Luís Pereira Forjaz, Manuel Telles de la Gama, Duarte Pinto Coelho, el conde de Redondo, Simão de Sousa Coutinho, el conde de Belmonte, D. Luís da Câmara, y otros más. Hasta personajes como el rey absolutista D. Miguel abrazaron toros por los cuernos. La práctica de la pega por estas figuras de la cima de la jerarquía social, le dió prestigio y contribuyó para sinstituir la como parte del espectáculo taurino.

---

<sup>23</sup> *Ilustração Portuguesa*, 11-03-1907.

Animados por este ejemplo de generosidad del dinero, aparecen en las regiones más aficionadas, especialmente en el Ribatejo, grupos informales de forcados que se ofrecen para pegar *sín remuneración*.

Uno de esos grupos informales eran los “Amadores do Ribatejo”, comandados por Jaime Godinho, al cual pertenecía un joven de nombre António Abreu. Dispuesto a dignificar la imagen social del pegador, António Abreu fundó, en 1915, el Grupo de Forcados Amadores de Santarém, el más antiguo del



Fig. n.º 13.- El Grupo de Santarém, el más antiguo del país que inspiraron a la formación de posteriores grupos de forcados.

país. Haciendo del amateurismo un principio ético, los forcados de la ciudad de Santarém inspiraron a los muchos grupos que posteriormente surgieron.

Existen actualmente en Portugal alrededor de 40 grupos de forcados que adoptaron el nombre de las tierras en que se formaron: Lisboa, Montemor-o-Novo, Moita, Coruche, Caldas da Rainha, Moura, Ramo Grande (Ilha Terceira)... Son sobre todo de las regiones del Alentejo y Ribatejo, pero también de las islas Açores, en medio del Atlántico.

Los forcados son quizás los únicos participantes del espectáculo taurino que por voluntad propia no reciben remuneración. Por eso en Portugal se les considera los últimos românticos de la Fiesta. Entre ellos encontramos estudiantes, funcionarios públicos, agricultores, ingenieros y profesionales de muchos otros oficios. En día de corrida visten la chaqueta y ponen el “barrete”, dispuestos a honrar el nombre de su grupo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Andrade, Manuel Carlos de (1790): *Luz da Liberal e Nobre Arte da Cavalaria oferecida ao Senhor D. João Príncipe do Brazil*, Lisboa, na Regia Officina Typografica.
- Ayres de, Sá (1903): *Toiradas en Portugal*, Lisboa, Tipografia de Ricardo de Souza e Salles.
- Capucha, Luis (2013): “Fiestas de toros”, en la *Revista Antropológica*, año 17, volumen 24(1).
- Fernández de Moratín, Nicolás (1801): *Carta histórica sobre el Origen y Progresos de la fiesta de torear en España*, Madrid, Oficina de Repullés.
- Nascimento, Aires A. (traducción) (1992): “Leonor de Portugal Imperatriz da Alemanha” – *Diário de Viagem do Embaixador Nicolau Lanckman de Valckenstein*, Lisboa, Edições Cosmos.
- Pinto de Carvalho, Tinop (1991): *Lisboa d'Outros Tempos*, vol. I, Lisboa, Fenda.
- Ruders, Carl Israel (2002): *Viagem em Portugal - 1798-1802*, vol. I p. 74, Lisboa, Biblioteca Nacional Portugal.
- Ribeiro da Silva, Francisco (1987): “A viagem de Felipe III a Portugal: itinerários e problemática”, *Revista de Ciências Históricas*, vol. II, Universidade Portucalense, Oporto.
- Rodrigues, Ana Maria S.A.(2006): “!Da caça no monte às corridas em campo fechado: como se lidavam toiros na Idade Média”, Seminario “O Touro. Mitos, Rituais, Celebração”, Câmara Municipal de Alcochete.
- Rosa, Fernando Antonio da (1738): *Relação das insignes festas que aos felizes e reais anos da Princesa de Brasil, nossa senhora, se fizeram no sitio da Junqueira*, Lisboa.
- Shaw, Carlos Martínez (1997): “Crónica burlesca de una corrida de toros en tiempos de Felipe V”, en *Revista de Estudios*

*Taurinos*, nº 6, Real Maestranza de Caballería de Sevilla,  
Fundación de Estudios Taurinos.

Vázquez , Leopoldo y otros (1895): *La Tauromaquia*, tomo I,  
Madrid, Mariano Nuñez Samper.

Veiga Oliveira, Ernesto y otros (1995): “Alfaia Agrícola  
Portuguesa”, *Dom Quixote*, Lisboa, Etnográfica Press.

